

ción, sirviendo hoy para decorar la entrada al nuevo local del establecimiento recién adquirido por el Fisco. La historia de este cañón no está bien clara, salvo las fechas e inscripciones francesas que lleva visibles, pero no sería difícil investigar el origen de su llegada a Chile.

Con el acto de entrega del cañón al Museo creí hacer una obra cautelosa de los intereses nacionales, pero el Ministro de la Guerra no lo estimó así, y todavía hay un cargo en mi contra por la cantidad de \$ 16,000, valor del cañón que desenterré de un calabozo policial para ponerlo al cuidado de un posible robo o de una sacrílega fundición...

Si todos los funcionarios de Chile procedieran en esa forma, no habrían desaparecido numerosas obras de arte histórico, que fueron subastadas o entregadas a extranjeros habilidosos... Pero había que regirse por la tramitación del «conducto regular» y las propias iniciativas de un Intendente rompían el molde anacrónico de una administración verdaderamente imperialista.

Yo creo, termina el Doctor, que el cañón *Le Tonant* vale algo más que \$ 16,000...»

El Doctor es un charlador incansable, nutrido de observaciones, de citas exactas, de conceptos originales, de apreciaciones, convicciones y deducciones.

Nada se escapa a su curiosidad y si es admirable su larga vida noblemente cumplida, no es de menor mérito esa transparencia de memoria, reflejo tan luminoso de una jornada austera y fraternal.—GERMÁN LUCO.

EL CREPUSCULO DE LOS RASCACIELOS

EL «Trait d'Union» es un círculo parisién que reúne a algunas personalidades eminentes de las letras, las artes y de la alta industria. Ofrece comidas que siempre son encantadoras y a veces algo más, pues en el momento de los brindis ciertos invitados expresan ideas fecundas y apasionantes.

Así, en una de esas comidas, Mr. Welles Bosworth, arquitecto consejero del señor Rockefeller, invitado a pronunciarse sobre la oportunidad de los rascacielos en París, ha tenido el valor de dar sobre esta materia su opinión absolutamente personal. Yo quisiera que su discurso se imprimiese por millones de ejemplares para ser difundido por el mundo entero.

Ha dicho, *en sustancia*, lo siguiente:

—«Yo soy arquitecto y culpable de haber construído un rascacielo. Hay que vivir. Y eso da bastante. Pero es un crimen, un crimen contra el urbanismo. El rascacielo crea terribles corrientes de aire. La gente que está obligada a habitar los pisos inferiores, lleva una existencia bárbara, antihumana, sin aire, sin luz. Nueva York, a causa de ello, se ha hecho de tal modo inhabitable que todos los que pueden huyen de ella. Los que se quedan, sufren enfermedades nerviosas.

«Yo no sabría cómo desaconsejar a ustedes de imitarnos. Por lo demás, tenemos una excusa: la estrechez del terreno en nuestra ciudad. Pero ustedes no la tienen, porque pueden extenderse en longitud. Si cometieran tal locura, sería mucho más grave, ya que el clima de ustedes es lluvioso. Entonces vivirían prácticamente en un pantano. Hagan, pues, casas en relación con la naturaleza de los habitantes y de la ciudad, y no por el placer abstracto de edificar monumentos formidables.»

¡Cuánta razón no tiene este norteamericano! Y qué simpático es al decir así la verdad, en lugar de los chismes de propaganda que sus compatriotas se creen siempre obligados a repetir cuando nos hablan!... Figuraos el campo en sentido contrario al dado por el cinema o por los grandes magazines. Hay allí «bellas imágenes», vistas profundas, perspectivas verticales y toda clase de presentaciones imponentes, obras maestras de la fotogenia. Pero, ¿en qué se convierte el hombre ante aquello? Ah! no es cosa de burlarse. A lo más sirve de punto de mira, como se dice. Es una especie de insecto, una ínfima y sombría mancha, en lo más bajo del colosal edificio. Como si la finalidad de toda su vida hubiese sido llegar a eso!... Como si ella se justificara y explicase con haberlo construído!

Pues bien, cuando yo veo esas «vistas» no me dejo entusiasmar. Permanezco voluntariamente insensible a su belleza, que por lo demás es harto discutible y no corresponde a la realidad sino en el breve momento de una coincidencia. ¿Qué cosa más mentirosa que una fotografía? Mi «espíritu malvado parte en otra dirección. Luego pienso en ese pobre ser que, allá abajo, no estaría siempre dispuesto a servir de medida al monumento. Entrará en él ¿no es así? Vivirá en él. Trabajará en el primer piso. ¡Imagináis su existencia frente a otro inmueble de cincuenta pisos, aunque escape de allí a la hora del reposo y del sueño, y durante el «week-end»... ¿Para ir a dónde? Aunque huya a buscar un sitio *habitable*, tiene que volver.

La escena que he trazado no es en modo alguno paradójica. Es la verdad pura. Por lo demás, todo el empeño de los neoyorkinos tiende a combatir ese mal, a vencer esa corriente

vertiginosa a la cual se abandonaron por un tiempo. La gran moda para ellos, ahora, es construir casitas de un piso, apacibles, silenciosas, floridas. Parece que todo un barrio del Este se ha construído así y está habitado por artistas, poetas y nerviosos que quieren reposar. Tengo fotografías de ellos. Es algo absolutamente exquisito, un pequeño paraíso urbano, bariolads, con fachadas floridas y balcones resguardados por techos de colores vivos.

Y en el momento en que los norteamericanos comprendieron el error cometido, dedicándose a repararlo, es en ese momento cuando nosotros comenzamos a entregarnos a locuras arquitectónicas!... Ah! Ya hemos comenzado. Los barrios más bellos de París: Passy, Auteuil, Neuilly, se han convertido realmente en presa de una banda de empresarios sin escrúpulos, encarnizados en destruir con diabólica ciencia los supremos vestigios de un pasado amable. No pasa semana en que no arrasen con una vieja mansión histórica, o devasten un parque de árboles centenarios. Y luego, sobre ese desierto levantan sus construcciones horribles. La verdad es que no son rascacielos, porque los reglamentos municipales se oponen a ello. Pero son tan altos que puede considerárseles como tales, y de una fealdad *absoluta, definitiva*. Porque no hay necesidad de decir que esos empresarios (absolutamente indignos del buen nombre de arquitectos, que usurpan no se sabe por qué) no tienen nada de común con los nobles artistas que han renovado nuestro urbanismo: los Le Corbusier, los Perret, los Mallet-Stevens, etc. A éstos no se les deja ocasión de realizar sus pruebas, cediéndoles de vez en cuando un pequeño trecho de terreno en el que no pueden realizar obra significativa. Los grandes espacios (viejos conventos, extensos parques) se reservan a esos camastrones de que he hablado, que se contentan con edificar al más justo precio enormes casamatas, sin el menor estilo, nada más que colosales caserones de arriendo. Y lo más visible de todo es que, al fin, se publican párrafos en los diarios en que se les felicita por haber aclimatado en París la estética norteamericana. No es verdad ello. Sus construcciones son simples caricaturas.

He tenido ocasión de creer que esta clase de cosas también suceden en el resto del planeta. He aquí a dónde nos ha conducido la estúpida imitación de Norte-América. Podemos fijarnos en nosotros. Ya que Estados Unidos no pidió que les tomáramos por modelo. La prueba es que nos enviaron barcos llenos de su mejor gente para venir a estudiar entre nosotros lo que justamente les faltaba: el gusto, la medida y cierta mesura en el goce de la posesión material, en el delirio del progreso.

Vinieron a admirar entre nosotros las casas de dos pisos, que son y serán siempre modelos de casas, ya que están concebidas a la medida del habitante. Ah! encantadoras casitas de dos pisos, con su frente triangular, la moderada pendiente de su techo, la graciosa disposición de sus ventanas, la armonía de sus volúmenes arquitectónicos, que armonizan tan bien con el paisaje, con la cualidad del aire y también con la vida que se lleva en el interior: apacibles y dulces casitas, vuestra existencia está en peligro!

Los yanquis tienen muchos defectos; pero al menos tienen una cualidad no común: no se obstinan en sus errores. Apenas se dan cuenta de que los rascacielos los condenan a muerte, los derribarán de modo muy sencillo, para reemplazarlos por *cottages*. Y entonces nosotros continuaremos vejetando en nuestros caserones pseudo-americanos, hasta que éstos se caigan de puro ruinosos... ¡Nada más que por avaricia!

Felizmente, han sido construídos por gente muy poco honrada, que no se cuidó de la solidez. Luego, si se derrumbaran pronto podríamos decir que la gracia todavía nos asiste.—FRANCIS DE MIOMANDRE.

París, 1932. (Especial para *Atenea*).

LA TRAGEDIA CONYUGAL DE TOLSTOY (1)

POCAS tragedias íntimas tan intensas, tan dolorosas y tan desconocidas como la que encierra el matrimonio de Tolstoy y sus relaciones con su esposa Sofía Andreevna Bers. Aunque la bibliografía sobre el tema es numerosa y el propio Halperine-Kaminsky le ha dedicado un libro especial, el más completo y exacto de todos, toda la literatura que se ha hecho alrededor, adolece de un apasionamiento que ha enturbiado la visión de la verdad y que ha obscurecido el juicio de los escritores. Del abundante material impreso corren algunos lugares comunes que sería conveniente estudiar; que Tolstoy era un santo, que fué una víctima de su esposa, que ésta era sórdida, mezquina, avara, de un carácter atrabiliario y deleznable, que la familia constituyó para el gran escritor una cárcel de odios, intrigas y pequeñeces, etc., etc.

La tragedia continúa y aunque muertos los actores, los hijos más allá de las tumbas de sus padres siguen tomando posiciones y lanzando al mundo todas las especies de la intimi-

(1) Conferencia pronunciada por su autor en una reunión en la «Posada del Corregidor».